

INVOCA AL DRAGÓN Y CAMBIA EL DESTINO.



La

NOCHE

del

DRAGÓN

JULIE KAGAWA

GRANTRAVESÍA

La
NOCHE
del
DRAGÓN

GRANTRAVESÍA

JULIE KAGAWA

La

NOCHE

del

DRAGÓN



GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

LA NOCHE DEL DRAGÓN

Título original: *Night of the Dragon*

© 2020, Julie Kagawa

Publicado según acuerdo con Harlequin Books S.A.

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Portada: © 2020, Harlequin Books S.A.

Según acuerdo con Harlequin Books S.A. ® y ™ son marcas propiedad de Harlequin Books S.A. o sus compañías afiliadas, usadas bajo licencia.

Ilustraciones de portada: Jenue (flechas y zorro), Shutterstock

Diseño de portada: Mary Luna

D.R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2020

ISBN: 978-84-121990-6-2

Depósito legal: B 21932-2020

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005326011220

*Para Tashya, Nick y Misa-sensei,
Arigatou gozaimasu*

IMPERIO *de* IWAGOTO

BAHÍA
BOCADRAGÓN

TERRITORIO
CLAN DEL
VIENTO

TUMBA
DE GENNO

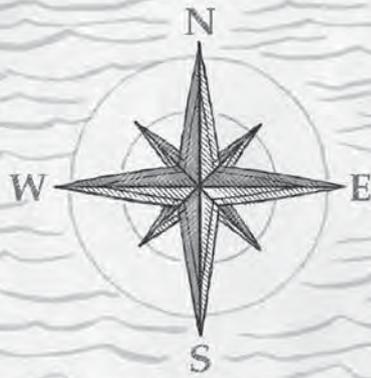
TERRITORIO
CLAN DEL
AGUA

UMI
SABISHII
● MURA

LUGAR DE LA
INVOCACIÓN

SHINSEI
YAJU

TERRITORIO
CLAN DE
LA LUNA





CASTILLO DE LA DAMA SATOMI

TERRITORIO CLAN DEL SOL

TERRITORIO CLAN DEL CIELO

MONTAÑAS LOMODRAGÓN

RÍO DEL ORO

CIUDAD IMPERIAL

TEMPLO DE LA PLUMA DE ACERO

BOSQUE DE LOS MIL OJOS

JUJIRO

HOTARU KAWA

TEMPLO DE LOS VIENTOS SILENCIOSOS

TERRITORIO CLAN DE LA TIERRA

TERRITORIO CLAN DEL FUEGO

CASTILLO DE HAKUMEI

TERRITORIO CLAN DE LA SOMBRA



1

LLAMAMIENTO A *JIGOKU*

Hace mil años

En sus largos años de existencia, la cantidad de veces que había sido invocado desde *Jigoku*¹ se podía contar con una sola garra.

Otros señores demonio habían sido convocados antes. Yaburama. Akumu. Los señores oni eran demasiado poderosos para que un mago de sangre con iniciativa no hubiera intentado hacer un contrato con ellos, aunque tales rituales a menudo terminaban mal para el arrogante humano que pensaba que podría esclavizar a alguno de los señores *oni*. Los cuatro eran, sin duda, un grupo orgulloso, y no se mostraban amables con un insignificante mortal que intentara doblegarlos a su voluntad. Le seguían la corriente al mago de sangre el tiempo suficiente para escuchar lo que el humano estaba ofreciendo y, si no les interesaba, o si el

¹ Muchos nombres y términos usuales del japonés se encontrarán marcados en cursiva a lo largo del libro. No olvides consultar el glosario al final de este volumen.

mago intentaba estúpidamente dominarlos, lo destrozaban y hacían lo que querían en el reino mortal hasta que eran enviados de regreso a *Jigoku*.

Hakaimono se divertía cada vez que un mortal intentaba invocarlo. Sobre todo, en ese preciso momento en que lo veían por primera vez y *entendían* lo que habían hecho.

Con los ojos entrecerrados, observó a su alrededor a través del humo, sin prestar atención a esa breve sensación de vértigo que lo acompañaba cada vez que era arrastrado al reino de los mortales desde *Jigoku*. Un gruñido de fastidio asesino retumbó en su garganta. Ya antes, no estaba del mejor humor. Akumu había estado conspirando de nuevo, tratando de debilitar las fuerzas de Hakaimono a sus espaldas, y se encontraba en camino para enfrentarse al artero tercer general cuando el fuego negro le estalló sobre la piel y las palabras de magia de sangre le resonaron en la cabeza. Y entonces se encontró, de manera abrupta, en el reino de los mortales. Ahora estaba de pie en el centro de una construcción en ruinas, rodeado por paredes derruidas y pilares destrozados. El olor a muerte hacía que el aire se sintiera espeso. Contempló la posibilidad de apretar la cabeza del mago responsable hasta hacerla estallar entre sus garras como un huevo.

Las piedras bajo sus pies estaban pegajosas y tenían ese olor dulce y cobrizo que reconoció al instante. Las líneas de sangre estaban pintadas en el suelo, donde formaban un círculo familiar, con palabras y signos de poder entretreídos en un complejo patrón. Un círculo de invocación. Uno poderoso. Quienquiera que fuera el mago de sangre, había hecho un trabajo esmerado. Eso no lo salvaría al final, de cualquier manera.

—Hakaimono.

El Primer *Oni* miró hacia abajo. Una mujer estaba de pie al borde del círculo de sangre. Vestía túnicas negras y su largo cabello parecía fundirse en las sombras. Sostenía un cuchillo en sus delgados dedos. Su pálido brazo estaba cubierto de rojo hasta el codo.

El demonio soltó una risita.

—Bueno, esto me hace sentir tan importante —dijo, agachándose para ver mejor a la mujer. Ella le devolvió la mirada con frialdad—. Invocado por la sombra inmortal en persona. Qué interesante —levantó una garra y observó a la humana por encima de sus zarpas negras y curvas, del largo del brazo de ella—. Si arrancas la cabeza de un inmortal, ¿crees que morirá?

—No me matarás, Primer *Oni* —la voz de la mujer no sonaba divertida, pero tampoco asustada, aunque la certeza en ella lo hizo sonreír—. No soy tan tonta para intentar atarte y no pediré mucho de ti. Sólo tengo una solicitud. Después de eso, eres libre de hacer lo que quieras.

—¿Ah? —Hakaimono rio entre dientes, pero sin duda sentía curiosidad. Sólo los muy desesperados, estúpidos o poderosos recurrían a uno de los cuatro generales *oni*, y sólo para las solicitudes más ambiciosas. Cosas como destruir un castillo o aniquilar a una estirpe completa. El riesgo era demasiado grande para peticiones someras—. Escuchémosla entonces, mortal —la animó a continuar—. ¿Cuál es esta tarea que me harías emprender?

—Necesito que me traigas el pergamino del Dragón.

Hakaimono suspiró. Por supuesto. Había olvidado que ese tiempo había llegado otra vez en el mundo mortal. Cuando el gran escamoso se levantaría para conceder un deseo a un insignificante humano de tan corta vida.

—Me decepcionas, mortal —gruñó—. No soy un sabueso en busca de órdenes. Podrías haber conseguido que los *amanjaku* recuperaran el pergamino por ti, o alguna de tus miserables mascotas guerreras humanas. He sido llamado para masacrar ejércitos y reducir fortalezas hasta convertirlas en polvo. Buscar la plegaria del Dragón no vale mi tiempo.

—Esto es diferente —la voz de la mujer sonó tan inflexible como siempre. Si sabía que estaba en peligro de ser destrozada y devorada por un enfadado Primer *Oni*, no lo demostraba—. Ya envié al más fuerte de mis campeones para que recuperara el pergamino, pero me temo que me ha traicionado. Quiere el poder del Dragón para él, y no puedo dejar que el Deseo se me escape ahora. Debes encontrarlo y recuperar el pergamino.

—¿A un humano? —Hakaimono curvó un labio—. Eso no es un gran desafío.

—No conoces a Kage Hirotaka² —dijo la mujer en voz baja—. Es el mejor guerrero que el Imperio de Iwagoto haya visto en mil años. Es un elegido de los *kami*, pero también fue entrenado en el camino del samurái. Sus talentos con la espada y la magia son tan grandes que incluso el emperador elogió sus logros. Ha matado hombres, *yokai* y demonios a raudales, y tal vez será el mayor oponente al que te hayas enfrentado jamás, Hakaimono.

—Lo dudo mucho —al Primer *Oni* se le formó una sonrisa en el rostro mientras respiraba el aire impregnado de sangre—. Pero ahora, me siento intrigado. Veamos si este campeón de la sombra es tan bueno como dices. ¿Dónde puedo encontrar a este mortal asesino de demonios?

² En Japón, por norma de uso suele anteponerse el nombre de la familia, el apellido, al nombre de pila.

—La finca de Hirotaka se encuentra a las afueras de un pueblo llamado Koyama, a un poco más de quince kilómetros de la frontera oriental del territorio de los Kage —respondió la mujer—. No es difícil de encontrar, pero está bastante aislado. Además de los hombres y sirvientes de Hirotaka, no encontrarás oposición. Busca a Hirotaka, mávalo y tráeme el pergamino. Ah, y una cosa más —levantó el cuchillo y observó su brillante filo ensangrentado—. Nadie debe sospechar que practico la magia de sangre. No ahora, cuando la noche del Deseo está tan cerca —sus ojos negros se clavaron en los del *oni* y se estrecharon con agudeza—. No puede haber testigos, Hakaimono. No deben quedar supervivientes. Mata a todos los que encuentres allí.

—Eso es algo que puedo hacer —una lenta sonrisa se extendió por el rostro del *oni*, y sus ojos relucieron rojos, sedientos de sangre—. Será divertido.

Hakaimono llegaría a lamentar esas palabras más que ninguna otra en su existencia.

2

SOMBRAS CONOCIDAS

TATSUMI

Los *tengu* nos desterraron de la montaña. Dejarnos vivir fue la gota que colmó el vaso, según parece. Su hogar había sido destruido, su *daitengu* asesinado y los fragmentos del pergamino del Dragón cogidos por el enemigo. Un demonio en su montaña sagrada era algo que no podían soportar, y cuando Yumeko se negó a que nos mataran, nos informaron en términos inequívocos que ya no éramos bienvenidos en el Templo de la Pluma de Acero. Que las puertas permanecerían ocultas por siempre para nosotros, y que si después del amanecer volvían a ver al portador de Kamigoroshi en la montaña, lo destruirían sin titubear.

Y así, con apenas el tiempo suficiente para curar nuestras heridas, dejamos el Templo de la Pluma de Acero y el hogar de los *tengu*. Huimos de la montaña y de los guardianes del pergamino, resentidos por su pérdida. De alguna manera, conseguimos llegar a la base de las montañas y, exhaustos, heridos y aún sangrando, encontramos la entrada a una cueva justo cuando una lluvia fría comenzaba a caer. En la cueva encontramos una multitud —había cinco personas y un perro dentro—, pero por lo demás estaba desocupada y seca, y no

teníamos una mejor opción. Cuando el *ronin* encendió una fogata y la doncella del santuario comenzó la ardua tarea de limpiar y volver a cubrir nuestras heridas de batalla, me retiré a un rincón oscuro, fuera del camino de todos, para reflexionar sobre lo que había sucedido. Y para responder la pregunta que me había estado atormentando desde que habíamos salido del templo.

¿Quiénes somos? ¿Quién soy?

¿Kage Tatsumi o Hakaimono? No me sentía como ninguno de ellos, pero sabía que había cambiado de manera irrevocable. Cuando este cuerpo había sido poseído por Hakaimono, el espíritu del *oni* había suprimido por completo el alma humana y la había mantenido atrapada e incapaz de hacer nada. Hasta que Yumeko llegó, usando su propia magia de zorro, para poseer al demonio y enfrentarse al *oni* desde dentro. Ella encontró el alma de Tatsumi, la liberó y, juntos, intentaron llevar a Hakaimono de regreso a la espada. Pero el Primer *Oni* demostró ser mucho más fuerte de lo que ambos habían creído.

Y entonces, antes de que se pudiera determinar un vencedor, apareció Genno con un ejército de demonios y la intención de tomar el pergamino. Traicionó a Hakaimono, lo atravesó con Kamigoroshi y lo dejó morir en el campo de batalla. Para salvarnos a los dos, las almas de Kage Tatsumi y Hakaimono se fusionaron, lo que permitió a Hakaimono usar todo su poder para sanar el cuerpo humano y mantenerlo vivo. Increíblemente, funcionó, y entonces pudimos matar a la mayor parte del ejército de Genno antes de que ellos nos masacraran a todos. Pero debido a nuestra debilitada condición, el templo fue destruido y Genno había escapado con los tres fragmentos del pergamino del Dragón en su poder.

El Maestro de los Demonios tenía lo que necesitaba para invocar al Gran Dragón y formular el deseo que anunciaría el fin del Imperio. Debíamos encontrar a Genno y evitar que usara el pergamino, pero sería un viaje largo y difícil, y tal vez algunos de nosotros no lograríamos sobrevivir. Incluso sin considerar la posibilidad de que Hakaimono pudiera emerger en cualquier momento y destrozar a mis compañeros.

—¿Tatsumi?

Levanté la mirada. Yumeko se había separado del grupo y ahora estaba de pie delante de mí, con la luz del fuego a sus espaldas, que proyectaba sobre ella un tenue resplandor naranja. Todavía vestía las elegantes túnicas de *onmyoji* rojas y blancas de la noche que había actuado para el emperador, aunque las onduladas mangas estaban hechas jirones ahora, su larga melena estaba despeinada y la suciedad le manchaba el rostro y las manos. Ya no parecía una veneranda adivina mística del futuro. Más bien una niña campesina vestida con un disfraz, a no ser por las altas orejas de zorro de punta negra que sobresalían de su cabello y la espesa cola de punta blanca detrás de ella. Sabía que sus rasgos de zorro eran invisibles para la mayoría de los humanos, pero desde la noche en que había invadido mi alma, se habían vuelto siempre visibles para mí. Un recordatorio de que Yumeko era una *kitsune*, una *yokai*. Ella no era completamente humana.

Pero yo tampoco.

—¿Puedo sentarme contigo, Tatsumi? —preguntó con voz suave. Sus grandes ojos brillaron con un sutil tono dorado en medio de las sombras vacilantes. Asentí, y Yumeko se abrió paso con cuidado a través de las piedras para sentarse a mi lado. Su espesa cola naranja me rozó la pierna mientras

ella se apoyaba contra la pared de la cueva. Fue extraño que el contacto no me hiciera rehuir como solía hacerlo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Estoy vivo —respondí con una voz igual de tranquila—. Eso es lo único que puedo decir con certeza —me miró fijamente, sus ojos buscaban, inquisitivos, y sentí cómo mi labio se curvaba en una leve sonrisa amarga—. Sé lo que te estás preguntando, Yumeko. Y no puedo responder. Me siento... diferente. Extraño. Como sí... —intenté encontrar las palabras para explicar lo imposible—. Como si hubiera una ira oculta dentro de mí, esta... ferocidad que sólo necesita el más ligero empujón para salir.

Yumeko parpadeó, mientras parecía reflexionar al respecto.

—¿Como cuando Hakaimono vivía en tu cabeza? —preguntó—. Siempre estabas luchando con él por el control, ¿esto es lo mismo?

—No —sacudí mi cabeza—. Siempre estuvimos separados, éramos dos almas individuales luchando entre sí por el control de un cuerpo. Sí... sí todavía soy Tatsumi, siento que Hakaimono es parte de mí ahora. Que su crueldad y su sed de sangre podrían salir en cualquier momento. Y si soy Hakaimono, siento que Tatsumi me ha infectado con sus pensamientos, miedos y emociones humanas —levanté una mano delante de mi cara. Parecía bastante humana, pero recordé las garras mortales que se habían enrollado en la punta de mis dedos la noche que había luchado contra el ejército de Genno—. Quizá lo mejor sea que me vaya —murmuré—. Si soy parte demonio, ninguno de vosotros estaréis a salvo.

Miré de reojo a Yumeko para ver si algo de eso la asustaba, pero sus ojos de zorro dorado parecían tan sólo comprensivos.

—No —dijo sin rodeos, lo que me hizo parpadear—. No te vayas, Tatsumi... Hakaimono... quienquiera que seas. Prometiste que nos ayudarías a encontrar al Maestro de los Demonios. Te necesitamos.

—¿Y sí no soy Tatsumí? —pregunté, volviéndome para mirarla a los ojos—. ¿Qué pasa si soy Hakaimono? ¿Cómo sabes quién es el alma más fuerte, o si Kage Tatsumí sobrevivió siquiera a la fusión de humano y demonio? Ni siquiera yo sé la respuesta.

Siguió mirándome sin miedo. Mientras la observaba, sentí una sacudida de sorpresa cuando unos dedos ligeros se posaron en mi brazo y enviaron una oleada de calor que se acurrucó en mis entrañas. Yumeko sonrió débilmente, aunque había tristeza en sus ojos mientras me miraba, un destello de añoranza que no entendí hizo que mi corazón diera un ligero y extraño vuelco.

—Confío en ti —dijo Yumeko en voz muy baja—. Incluso si no eres el mismo, vi tu alma esa noche. Sé que no nos traicionarás.

—Yumeko —gritó una voz antes de que pudiera reprimir mis agitadas emociones el tiempo suficiente para hablar. Cerca del fuego, la doncella del santuario nos observaba con una expresión grave en el rostro, mientras su pequeño perro naranja me dirigía una mirada de piedra desde su lugar, a sus pies. Los ojos oscuros de la *miko* brillaron con desconfianza cuando se movieron hacia mí—. Kage-san.³ Si os unierais a nosotros... ya estamos fuera de la montaña y lejos de la ira de los *tengu*. Debemos decidir adónde ir ahora.

³ El sufijo -san expresa cortesía y respeto, es el honorífico más común, y se utiliza tanto en hombres como en mujeres.

—*Hai, Reika ojou-san* —Yumeko se levantó y se dirigió hacia el fuego, con la cola de zorro agitándose bajo el borde de su túnica. Me incorporé lentamente y la seguí. Percibí las miradas oscuras y recelosas del resto del grupo. La doncella del santuario y su perro me observaban fijamente, con hostilidad y desconfianza apenas contenidas, como si pudiera convertirme en un demonio en cualquier momento y saltar sobre ellos con los colmillos desnudos. Taiyo no Daisuke,⁴ del Clan del Sol, estaba sentado con las piernas cruzadas junto al fuego, las manos metidas en las mangas y su expresión oculta detrás de una apariencia de decoro. A su lado, el *ronin* estaba encorvado sobre su mochila y tenía un aspecto tan descuidado y desaliñado como siempre, con el cabello castaño rojizo desprendiéndose de su cola de caballo. Percibí entonces que estaban sentados muy cerca uno del otro para tratarse de dos hombres de estatus tan diferentes. Había conocido a samuráis que no se habrían dignado a estar en la misma habitación que un *ronin*, mucho menos a compartir el fuego.

Al levantar la vista, el *ronin* me dedicó una sonrisa triste y un asentimiento mientras me agachaba junto a las llamas. Su oscura mirada se movió entonces hacia algo en mi frente.

—Tienes unos pequeños... hay algo en tu cara, Kage-san —dijo, llevándose un dedo hacia la frente. Apreté la mandíbula, ignorando la referencia obvia a los cuernos pequeños pero descarados que se enroscaban por encima de mis cejas. Todo lo demás (las garras, los colmillos, los ojos brillantes) había desaparecido, al menos temporalmente, pero los cuernos se habían quedado. Un recordatorio permanente de que

⁴ Al tratarse de un noble, realeza, puede usarse además la partícula «no» que significa «de», para referirse a la pertenencia a una renombrada familia.

ahora era un demonio. Si algún humano normal me viera así, quizá intentaría matarme en el acto.

—*Baka* —la doncella del santuario caminó sigilosamente detrás del *ronin* y le dio un rápido golpe en la nuca. El *ronin* hizo una mueca—. Éste no es momento para bromas. Genno tiene los tres fragmentos del Pergamino de las Mil Oraciones y está a un suspiro de convocar al Dragón. Tenemos que detenerlo pero, para hacerlo, necesitamos un plan. Kage... san... —me miró mientras tropezaba con mi nombre—. ¿Dijiste que sabes adónde se dirige el Maestro de los Demonios?

Asentí.

—Al territorio de los *Tsukí* —dije—. Las islas del Clan de la Luna es donde el Dragón fue convocado por primera vez, hace cuatro mil años. Junto a los acantilados de Ryugake, en la isla de Ushima, es donde tendrá lugar el ritual.

—¿Cuándo? —preguntó el noble Taiyo—. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta la noche del Deseo?

—Menos de lo que piensas —respondí con tono sombrío. Entonces una frase surgió a la luz, aunque no sabía de dónde provenía. La memoria de Hakaimono era extensa. Había visto el ascenso y la caída de muchas épocas—. En la noche del milésimo año —murmuré—, antes de que las estrellas del dragón se desvanezcan de los cielos y concedan los cielos al pájaro rojo del otoño, el Heraldo del Cambio puede ser invocado por alguien cuyo corazón sea puro —me detuve por un momento y luego bufé—. Como en el caso de la mayoría de las leyendas, no todo es cierto. Kage Hirotaka y la dama Hanshou no eran completamente «puros de corazón» cuando convocaron al Dragón. Eso tal vez se agregó a la tradición con la esperanza de evitar que los humanos codiciosos o malvados buscaran el favor del Gran Dragón.

A mi lado, Yumeko frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir eso de las «estrellas del dragón» y el «pájaro rojo del otoño»?

—Son constelaciones, Yumeko-san —explicó el noble, volviéndose hacia la chica—. Cada estación se representa con una de las cuatro grandes bestias santas. El Kirin representa la primavera y la vida nueva. El Dragón representa el verano, ya que trae las fuertes lluvias que son esenciales para los cultivos. El pájaro rojo del otoño es el Fénix, listo para morir y renacer en la primavera. Y el Tigre Blanco representa el invierno, paciente y mortal como una tierra cubierta de nieve.

—Entonces, si lo que dice Kage-san es cierto —interrumpió la doncella del santuario, con voz impaciente—, y la Noche de la Invocación se llevará a cabo el último día del verano... —se sobresaltó y abrió enormes los ojos—. ¡Eso es a fin de mes!

—Menos tiempo de lo que pensamos, en efecto —reflexionó el noble, con la mirada ensombrecida—. Y Genno tiene ventaja sobre nosotros.

—¿Cómo vamos a llegar a las islas del Clan de la Luna? —preguntó Yumeko.

—Bueno, con suerte no tendremos que nadar —dijo el *ronin*—. A menos que cualquiera de vosotros podáis invocar a una tortuga gigante desde el mar, supongo que necesitaremos algún tipo de bote.

—Hay barcos en Umi Sabishi Mura que hacen la travesía hasta las tierras de los Tsuki —nos informó el Taiyo—. Es una modesta aldea a lo largo de la costa, pero tiene un puerto bastante impresionante. La mayor parte del comercio de las islas del Clan de la Luna se lleva a cabo a través de Umi Sabishi. El problema no será encontrar un capitán dispuesto a llevar

pasajeros a las tierras de los Tsuki, sino lo que haremos una vez que lleguemos allí.

Yumeko ladeó la cabeza.

—¿Por qué, Daisuke-san?

—Porque el Clan de la Luna es muy huraño, Yumeko-san —respondió el noble—, y no les gusta que lleguen extraños a sus costas. Los visitantes necesitan un permiso especial de la *daimyo* para moverse libremente por el territorio de los Tsuki, y no tenemos ni el tiempo ni los medios para adquirir los documentos de viaje necesarios. El Clan de la Luna es muy protector con su tierra y su gente, y los intrusos son tratados con dureza —levantó uno de sus delgados hombros—. O eso es lo que te dirán todos los capitanes.

—Tendremos que preocuparnos por eso cuando lleguemos allí —dijo la doncella del santuario—. Evitar que Genno invoque al Gran Dragón es nuestra primera y única preocupación, incluso si debemos desafiar a los líderes del clan para lograrlo.

El noble parecía un poco horrorizado ante la idea de desafiar a la *daimyo*, pero no se pronunció más al respecto. A su lado, el *ronin* suspiró y cambió de posición.

—Tardaremos un par de días en llegar a la costa —murmuró—. Y no tenemos caballos, transporte, *kago* ni nada que haga que el viaje sea más rápido. Supongo que mañana comenzaremos a caminar, y esperemos no encontrarnos con demonios, magos de sangre o los *shinobi* de los Kage que todavía siguen tras el pergamino del Dragón. Un intento de asesinato ha sido suficiente, gracias.

Me incorporé y le eché un vistazo a Yumeko.

—¿Los Kage os persiguieron?

Ella parecía ligeramente avergonzada.

—*Ano*... La dama Hanshou nos pidió que te encontráramos —respondió ella, lo que hizo que mi estómago se revolviera—. Ella envió a Naganori-san a buscarnos, y caminamos por el Sendero de las Sombras para encontrarnos con Hanshou-sama⁵ en tierras de los Kage. Ella quería que te salváramos de Hakaimono y que a él lo lleváramos de regreso a la espada para que tú pudieras volver a ser el asesino de demonios —una de sus orejas se crispó cuando levanté una ceja—. Supongo que esto no es lo que ella esperaba.

Sentí cómo una sonrisa amarga surgía en mi rostro. La relación de la dama Hanshou con los asesinos de demonios siempre había sido un punto de discusión entre los Kage. Había sido su idea entrenar a jóvenes guerreros para usar a Kamigoroshi en lugar de mantener la Espada Maldita sellada en la bóveda ancestral donde no significaría un peligro. La razón oficial que imperó fue que esto permitiría a los Kage manejar y controlar a Hakaimono en lugar de arriesgarse a que la espada cayera en las manos equivocadas. Pero todos sospechaban —aunque nadie se habría atrevido a sugerirlo—, que la dama Hanshou mantenía a los asesinos de demonios cerca por el miedo que éstos inspiraban. El asesino de demonios de los Kage era entrenado para ser eficiente, carente de emociones y obediente hasta el fanatismo. Un asesino perfecto que, además, compartía su alma con un demonio. Había rumores en el Clan de la Sombra de que la daimyo mantenía su posición principalmente porque nadie

⁵ El sufijo -sama es más formal que -san. Se utiliza para personas de una posición muy superior (como un monarca o un gran maestro) o alguien a quien se admira mucho.

se atrevía a desafiarla, y a la mascota *oni* que podía azuzar en cualquier momento.

Pero incluso esto era sólo parcialmente cierto. La verdadera historia entre Kage Hanshou y Hakaimono era más larga y mucho más siniestra de lo que nadie podría imaginar.

—No —dije a Yumeko—. Esto no es exactamente lo que la dama Hanshou esperaba. Y ahora que vosotros habéis fallado en contener a Hakaimono y no habéis encontrado el pergamino para ella, tal vez enviará a alguien para mataros a todos.

—Perdóname, Kage-san, pero me temo que debo hacer una pregunta —el noble Taiyo me dirigió una mirada solemne—. Técnicamente, todavía eres parte de los Kage. Tu daimyo te envió a buscar el pergamino para ella, ¿verdad? ¿Qué harás si esa orden sigue en pie o si ella te ordena que no dejes testigos? ¿Nos matarás a todos para recuperar el pergamino del Dragón?

Sentí que Yumeko se ponía rígida a mi lado.

—Yo... dejé de ser parte del Clan de la Sombra en el momento en que Hakaimono tomó el control —respondí.

Era un argumento realista. Yo había sido parte de los Kage toda mi vida. Desde el comienzo del Imperio, la expectativa había sido servir al clan y a la familia con firmeza, sin dudar, durante el tiempo que durara la vida. Les debía a los Kage mi lealtad, mi obediencia, mi existencia incluso. Si ellos me hubieran dado la orden de enfrentarme solo a mil demonios yo habría obedecido —y muerto— sin dudarlo, como lo haría todo samurái. Pero ahora, yo era un huérfano. No tenía clan, familia o señor. Como ese *ronin* que vagaba por el Imperio, deshonorado y perdido, excepto que yo era algo aún peor.

—Mi lealtad a los Kage no entrará en duda —le aseguré al noble, que todavía parecía preocupado—. La dama Hanshou

no correría el riesgo de tener tratos con un oni, al menos no públicamente. Y no tengo intención de volver con los Kage. No hasta que encuentre al Maestro de los Demonios y le haga pagar su traición.

Las últimas palabras surgieron como un rugido áspero, y una rabia hosca cobró vida desde el interior. Yo era algo antinatural y demoniaco, expulsado de mi clan, y mi existencia terminaría bajo el filo de los Kage o ante mi propia espada, pero mataría a Genno antes de abandonar este mundo. El Maestro de los Demonios no escaparía de mi venganza. Lo rastrearía y lo destrozaría, y él moriría suplicando por misericordia cuando yo enviara su alma de regreso a *Jigoku*, al lugar donde pertenece.

—Tatsumi —dijo Yumeko en voz baja mientras el resto del círculo se quedaba en silencio—. Tus ojos están brillando.

Parpadeé y me sacudí, luego eché un vistazo alrededor, a los demás, que estaban sombríos. El noble Taiyo se había llevado la mano a la empuñadura de la espada y el *ronin* se había puesto en una posición que le permitiría aprestar su arco. La doncella del santuario había estirado una mano hacia la manga de su *haori*, y su perro se erizaba y me mostraba los dientes. Respiré lentamente y sentí cómo la rabia en mí retrocedía. La tensión alrededor del fuego disminuyó un poco, aunque todavía flotaba en el aire, frágil e incómoda.

—Bueno, no dormiré esta noche —anunció el *ronin* con forzada voz alegre. Buscó en su chaqueta, extrajo un cuenco sencillo y vació un par de dados en su palma abierta—. ¿Jugamos a *cho-han*? No es complicado y ayudará a pasar el tiempo.

La doncella del santuario frunció el ceño.

—¿El *cho-han* no es un juego de apuestas?

—Sólo si hay apuestas de por medio.

Me puse en pie y todos levantaron bruscamente la mirada hacia mí.

—Haré guardia esta noche —dije. Era un largo camino hasta la costa, y Genno estaba muy por delante de nosotros. Si eliminar mi presencia les permitía dormir, incluso durante un par de horas, tanto mejor—. Proseguid con normalidad. Estaré fuera.

—Espera, Tatsumi —Yumeko también comenzó a levantarse—. Te acompaño.

—No —gruñí, y ella parpadeó y echó las orejas atrás—. Quédate aquí —le dije—. No me sigas, Yumeko. Yo no...

No quiero que estés sola con un demonio. No sé si puedo confiar en que no te haré daño.

—No necesito tu ayuda —terminé con voz fría cuando un destello de confusión apareció en su rostro. Ella había hecho tanto y había llegado tan lejos... pero sería mejor que aprendiera a odiarme. Podía sentir la oscuridad dentro de mí, una masa turbulenta de rabia y ferocidad, esperando ser desatada. Lo último que quería era poner en peligro a la chica que había rescatado mi alma.

Cuando salí de la cueva hacia la cálida noche de verano, percibí la más leve ondulación en la oscuridad y se me erizó el pelo de la nuca. Por puro instinto, me doblé hacia un lado. Sentí un cambio en el aire cuando algo pasó rozándome la cara y golpeó con un ruido sordo el árbol a mis espaldas. No necesitaba verlo para saber de qué se trataba: *kunai*, una daga arrojadiza de metal negro como la tinta y lo suficientemente afilada para cortar las alas de una libélula en pleno vuelo. Sentí la sangre gotear desde una delgada herida en mi mejilla, y la molestia estalló en llamas, convertida en ira inmediata.

Eché un vistazo a las copas de los árboles y vislumbré un destello de movimiento, una mancha sin rasgos que retrocedía hacia la oscuridad. Entrecerré los ojos. Un *shinobi* de los Kage, pensando que podría asesinarme desde las sombras. O tal vez con la intención de llevarme a una emboscada. Conocía a mi clan. Si no me ocupaba de esto ahora, vendrían más *shinobi*, como hormigas pululando sobre una cigarra muerta, y nuestras noches serían siempre acosadas por las sombras.

Hice una mueca para proferir un gruñido y salté a la oscuridad detrás del que había sido un compañero de clan.

Lo perseguí durante más tiempo del que hubiera pensado que necesitaría. Seguí su olor, el susurro de las ramas que se sacudían delante de mí. Se movía rápido, saltaba a través de las ramas de los árboles con la gracia de un mono y apenas hacía ruido mientras saltaba de rama en rama. En el suelo, me costaba mucho mantener el ritmo, así que después de unos minutos de esquivar arbustos y abrirme paso a través de la maleza, salté de un tronco caído y me precipité hacia las ramas detrás de él.

Un trío de *kunai* llegó hasta mi cara, con sus breves destellos de metal oscuro en la noche. Me agaché, pero uno me rozó el hombro al pasar y luego se perdió con un susurro entre las hojas. Gruñí, levanté la mirada y distinguí una figura vestida de negro que esperaba en otra rama, y una *kusarigama* —una pesada cadena con una hoz *kama* unida al final— girando en una mano.

Desenvainé a Kamigoroshi en una llamarada de luz púrpura y me situé frente al *shinobi*. Por el más breve de los instantes, sentí una punzada de renuencia, de arrepentimiento, por tener que matar a quien había sido un compañero. Pero los Kage no cederían, y había jurado evitar que el Maestro de los

Demonios convocara al Dragón. No podía permitir que ellos me mataran ahora.

El *shinobi* me esperaba y su *kusarigama* relampagueaba mientras la hacía girar en un círculo experto. Era un arma mortal, más peligrosa a larga distancia; la cadena se usaba para enredar y desarmar al enemigo, mientras la hoz *kama* asestaba el golpe final. Las había visto en acción, pero nunca me había enfrentado a una. Tenían el estigma de ser armas campesinas, algo que los granjeros, monjes y asesinos usarían, pero no los samuráis. Por supuesto, el *shinobi* de los Kage no compartía ese noble prejuicio.

Afilé la mirada hacia el guerrero que estaba frente a mí.

—¿Sólo tú, entonces? —pregunté en voz baja. Algo iba mal. A menudo, los *shinobi* de los Kage eran operadores solitarios que se infiltraban en silencio en una casa o campamento a fin de asesinar a un objetivo o robar información importante. Sin embargo, en misiones extremadamente arriesgadas o peligrosas, se enviaba a un batallón completo, una tropa entera de espías y asesinos altamente entrenados, para asegurarse de que el trabajo fuera hecho. Rastrear al asesino de demonios más famoso de toda la historia del Clan de la Sombra sin duda calificaría como «peligroso». Estaba claro que no habrían enviado a un solo Kage para hacer el trabajo...

Me di la vuelta, aferrado a Kamigoroshi, y golpeé un par de *kunai* en el aire. Un segundo *shinobi* había aparecido en una rama detrás de mí y esgrimió un par de hoces *kama* cuando me volví hacia él. Al mismo tiempo, sentí el mordisco frío del metal cuando una cadena se desenrolló y envolvió mi brazo de ataque. El primer *shinobi* estiró la cadena, tirando mi brazo hacia atrás, mientras su compañero saltaba hacia mí con las dos *kama* en alto.

Hice una mueca y le di un tirón feroz a mi brazo. El *shinobi* en el otro extremo de la cadena se levantó bruscamente con la sacudida, voló por el aire y chocó con el segundo atacante. Ambos cayeron hacia el suelo, pero el primer *shinobi* logró aferrarse al *kusarigama* y quedó colgado de la cadena como un pez aturdido. Su compañero no tuvo tanta suerte, golpeó el suelo en un ángulo letal y el terrible chasquido de sus huesos rasgó la noche. Se retorció una vez, con las extremidades flácidas, y luego se quedó inmóvil.

Con la cadena del *kusarigama* todavía envuelta alrededor de la muñeca, levanté al *shinobi*, lo cogí por el cuello y lo estrellé contra el tronco del árbol. Jadeó. Era el primer sonido que le escuchaba, y me quedé congelado: la voz que había emergido debajo de la capucha y la máscara definitivamente no era masculina.

Me estiré para rasgar su velo: estiré la capucha y la máscara a fin de revelar el rostro oculto. Los oscuros ojos familiares me miraron y mi estómago se retorció.

—¿Ayame?

La *kunoichi* me miró fijamente, con un desafío escrito en el rostro y una esquina de su labio contraída con desdén.

—Me sorprende que me hayas reconocido, Tatsumi-kun⁶ —dijo con esa voz sarcástica y penetrante—. ¿O debería llamarte «Hakaimono» ahora?

Sacudí la cabeza. Ayame era una de las mejores *shinobi* del clan y, hacía mucho tiempo, había sido una amiga. Mi mejor amiga, quizá. Después de que fuera elegido para convertirme

⁶ El sufijo -kun es un honorífico utilizado generalmente en hombres, y se refiere a una persona de menor edad o posición. También lo utilizan los jóvenes entre sí como una expresión de cercanía y afecto.

en el nuevo asesino de demonios, el *majutsushi* me había separado y me había hecho entrenar en un entorno aislado, lejos de mis compañeros *shinobi* y de cualquier otro de mi edad. A medida que habían pasado los años, Ayame y yo nos habíamos distanciado, y después de convertirme en el asesino de demonios, nos veíamos escasamente. Pero todavía tenía algunos recuerdos de ese breve tiempo anterior, algunos recuerdos que ni siquiera el duro entrenamiento de asesino de demonios había podido nublar. Ayame siempre había sido impaciente, desafiante y absolutamente intrépida. Me dolía el pecho al verla como mi enemiga ahora, una a quien muy probablemente tendría que eliminar.

—Te han enviado a por mí —dije—. ¿Ha sido una orden de la dama Hanshou?

Sus ojos oscuros parpadearon y la esquina de su boca se curvó aún más.

—Ya deberías saberlo, Tatsumi-kun —dijo en voz baja—. Un *shinobi* nunca revela sus secretos, ni siquiera a un demonio. En particular, a un demonio —por un breve instante, una sombra de lástima surgió en su rostro, un indicio del arrepentimiento que me estaba devorando desde las entrañas—. *Kamis* misericordiosos, realmente te has convertido en un monstruo, ¿no es así? —murmuró—. Entonces, ésta es la razón por la cual los nobles Kage están aterrorizados por Kamigoroshi. Yo creía que *tú*, de entre todas las personas, eras demasiado fuerte para caer ante Hakaimono.

Sus palabras no deberían haberme herido, pero las sentí como si me hubiera clavado la hoja de una espada *tanto* debajo de la piel. Y al mismo tiempo, sentí una oscuridad creciendo en mi interior que me instaba a matarla, a que aplastara su garganta entre mis manos. Pude ver mi reflejo en sus ojos

oscuros; las punzadas al rojo vivo de mi propia mirada en su mirada. En las puntas de mis dedos habían crecido unas garras negras curvas que se clavaban en su piel.

—No quiero matarte —dije en un susurro, y escuché la disculpa en mi voz. Porque los dos sabíamos que la muerte era el único final de este enfrentamiento. Un *shinobi* nunca se rendía. Si la dejaba ir, ella regresaría con refuerzos, y la vida de Yumeko y los demás estaría en riesgo.

Una sonrisa triste y triunfante apareció en el rostro de Ayame.

—No lo harás —dijo—. No te preocupes, Tatsumi-kun. Mi misión ya se ha cumplido.

Su mandíbula se movió, como si estuviera masticando algo, y percibí el indicio de un aroma dulce y escalofriante que hizo que mi estómago se revolviera.

—¡No! —apreté su garganta, empujando a la *kunoichi* de vuelta contra el tronco, tratando de evitar que tragara, pero ya era demasiado tarde.

La cabeza de Ayame rodó hacia atrás, y comenzó a convulsionarse. Sus extremidades se retorcieron en espasmos frenéticos y descontrolados. Sus labios se separaron y una espuma blanca salió burbujeando, se derramó por su barbilla y bajó por el cuello de su uniforme. Observé impotente, con dolor, enfado y un angustiante nudo en la garganta, hasta que los espasmos finalmente cesaron, y ella se desplomó sin vida en mis brazos, víctima de las lágrimas de loto de sangre, uno de los venenos más potentes que el clan tenía a su disposición. Unas cuantas gotas te mataban al instante, y todos los *shinobi* llevaban un diminuto y frágil frasco consigo, accesible incluso si sus manos estuvieran sujetas. Las lágrimas de loto de sangre aseguraban que un *shinobi* de los Kage nunca revelara sus secretos.

Aturdido, bajé a la *kunoichi* a la rama, la recosté con suavidad contra el tronco y le puse las manos sobre su regazo. Ayame tenía la mirada al frente, con sus oscuros ojos fijos y ciegos, la expresión apagada. Un hilo blanco todavía corría desde una esquina de sus labios. Lo limpié con un paño y le cerré los ojos para que pareciera que estaba durmiendo. Entonces llegó hasta mí un recuerdo: la imagen de una niña dormitando en las ramas de un árbol, escondiéndose de sus instructores. Estaba tan molesta cuando le dije que debíamos volver que me amenazó con poner un ciempiés en mi saco de dormir si le decía a nuestro *sensei* dónde había estado.

—Lo siento —le dije en voz baja—. Perdóname, Ayame. Ojalá no hubiéramos llegado a esto.

«*Realmente te has convertido en un monstruo, ¿no es así?*»

Incliné la cabeza. Mi antigua hermana de clan tenía razón: yo era un demonio ahora. Mi verdadera naturaleza era matar y destruir. No había lugar para mí en el Imperio, no había lugar para mí entre los nobles clanes o mi familia, y ciertamente no tendría lugar al lado de una preciosa e ingenua chica zorro que parecía tontamente impávida ante el hecho de que yo pudiera destrozarla sin miramientos.

Una brisa agitó las ramas de los árboles, y suspiré mientras me pasaba una mano por el rostro. ¿Por qué la dama Hanshou había enviado sólo a dos *shinobi* para atacarme? Ayame era una de las mejores guerreras del Clan de la Sombra y estaba directamente bajo las órdenes de Maestro Ichiro, el instructor principal de los *shinobi* de los Kage; sólo la *daimyo* podría haber ordenado tal misión, pero la dama Hanshou sabía, mejor que nadie, que un par de *shinobi* no tendría ninguna posibilidad contra un demonio. Y sin embargo, Ayame había dicho que su misión ya se había cumplido...

Me enderecé alarmado. La dama Hanshou sabía que dos *shinobi* no podrían vencerme, ése nunca había sido el objetivo. La misión de Ayame no era matarme, sino ser distracción. Una artimaña para alejarme de Yumeko y los demás, de manera que se quedaran solos en una cueva oscura...

Con un gruñido, di media vuelta y corrí de regreso a través de los árboles, maldiciendo mi estupidez y esperando que no fuera demasiado tarde.

3

ESPADAS EN LA OSCURIDAD

Yumeko

Estaba preocupada por Tatsumi. No porque fuera un demonio. O un medio demonio. O porque un demonio compartiera su mente con él. En realidad, todavía no estaba segura de qué era Tatsumi, exactamente. Y tampoco creía que él supiera si era más *oni* que humano, más Hakaimono que Kage Tatsumi. En realidad no me preocupaba que se volviera contra nosotros en medio de la noche, aunque sabía que su presencia ponía muy nerviosos a Reika *ojou-san* y a los otros. Ninguno de ellos, ni siquiera Okame-san, se sentía cómodo teniendo a un *oni* entre nosotros. Reika *ojou-san* refunfuñaba porque yo estaba siendo demasiado ingenua y porque no se podía confiar en un demonio, dado que éstos eran malvados y traicioneros, y porque yo era una tonta por bajar la guardia. Y tal vez *sí* estaba siendo ingenua, pero había visto la verdadera alma de Tatsumi, su fuerza y su brillo, y ahora sabía que él haría todo lo posible para no caer preso del salvajismo de Hakaimono.

No, yo no estaba preocupada de que él nos pudiera traicionar. Me preocupaba que su culpa y el miedo a aquello en lo que se había convertido lo llevaran a alejarse para man-

tenernos seguros. Esa noche, Tatsumi se deslizaría calladamente en las sombras, y nunca lo volvería a ver. Conociendo a Tatsumi, intentaría encontrar y enfrentarse a Genno por su cuenta, y aunque el asesino de demonios era increíblemente fuerte, no sabía si podría destruir solo al Maestro de los Demonios y a su ejército de monstruos, magos de sangre y *yokai*.

Oh, Tatsumi. Yo te ayudaría si me lo permitieras. No tienes que enfrentarte a Genno solo. Ya has estado solo el tiempo suficiente.

—¿Yumeko-chan?⁷

Parpadeé y levanté la vista. Okame-san estaba sentado con las piernas cruzadas delante de mí, con una mano en el cubilete que estaba boca abajo entre nosotros, y una mirada expectante en el rostro.

—Es tu turno —dijo.

—Oh —miré el recipiente de bambú bajo sus dedos y me pregunté qué debía hacer. La verdad es que no había escuchado la explicación—. *Gomen...* ¿cuáles eran las reglas otra vez?

—Es fácil, Yumeko-chan —sonrió el *ronin*—. Dices «*cho*» si crees que los dados sumarán número par, o «*han*» si crees que los números sumarán impar. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —ladeé la cabeza—. Parece un juego muy simple, Okame-san.

—Confía en mí, no lo es cuando hay un imperio de monedas en juego.

—Yo no veo ninguna moneda. ¿Se supone que deberíamos usarlas?

⁷ El sufijo -chan es diminutivo y suele emplearse para referirse a chicas adolescentes o a niños pequeños, pero también para expresar cariño o una cercanía especial.

—Sólo si quieres... ¡Ite! —Okame hizo una mueca cuando Reika *ojou-san* se estiró y golpeó la parte posterior de su cabeza de nuevo—. Ay, ¿por qué has hecho eso?

—Yumeko es capaz de convertir las hojas en dinero y crear oro a partir de guijarros —dijo con calma la doncella del santuario—. ¿Realmente quieres enseñarle a una *kitsune* los vicios del juego?

Yo no tenía idea de qué estaban hablando, pero de pronto se me erizaron los pelos de las orejas y la cola y una onda de magia recorrió el aire, fría, oscura y familiar. Medio segundo después, las llamas en la hoguera se desvanecieron, como si alguien hubiera apagado una vela, y la cueva se hundió en la oscuridad.

Me puse en pie, oí a mis compañeros saltar también, y levanté la mano para enviar un pulso de magia de zorro al aire. Al instante, una llama azul y blanca de *kitsune-bi* apareció en la palma de mi mano e iluminó el lugar con un resplandor fantasmal...

... revelando la docena de *shinobi* que nos rodeaban. Sus figuras oscuras parecían derretirse desde las sombras de la cueva, con las cuchillas prestas para atacar. Por un momento, se quedaron congelados, como sorprendidos por la repentina llamarada de luz cuando habían esperado la oscuridad total. Grité, Okame-san gritó y Daisuke-san se giró, desenvainó su espada en un instante y decapitó al *shinobi* que estaba detrás de él con el cuchillo en alto para cortarle la garganta.

El caos estalló en los estrechos confines de la cueva. Las voces gritaban, las cuchillas se agitaban y las formas oscuras titilaban erráticamente a la luz del *kitsune-bi*. Lancé la esfera de fuego fatuo al aire, giré y me encontré cara a cara con un *shinobi* enmascarado que intentaba apuñalarme. Retrocedí,

choqué con alguien, con suerte un amigo, y extendí las manos hacia mi atacante. El fuego fatuo rugió, y el guerrero de las sombras se alejó, sin darse cuenta de que las llamas fantasmales no podían hacerle daño. Antes de que pudiera recuperarse, metí la mano en mi *obi*, cogí una de las hojas que había metido y la lancé al aire cuando el *shinobi* levantó la vista. Hubo una silenciosa explosión de humo, y apareció otra Yumeko que dio un paso adelante para enfrentarse al guerrero de las sombras.

El *shinobi* vaciló un momento, claramente desconcertado, pero luego sus ojos se endurecieron y atacó con su espada... a la otra Yumeko, que dejó escapar un convincente grito de dolor antes de derrumbarse, para luego desvanecerse como el humo al golpear el suelo. El guerrero vestido de negro frunció el ceño cuando la ilusión desapareció en la niebla, luego me miró y la confusión se convirtió en furia. Levantó la espada y se tensó para arremeter.

Una espada, llena de fuego púrpura, surgió de su pecho, lo levantó y lo arrojó lejos. Parpadeé y alcé la vista mientras Tatsumi, con los ojos y los cuernos brillando con un rojo ominoso, sacudía la sangre de su espada y se encontraba con mi mirada.

—¿Estás bien, Yumeko?

—Ayuda a los demás —grité.

Tatsumi saltó más allá de mí con un gruñido, cortó a otro asaltante en dos, y la luz purulenta de Kamigoroshi se unió al parpadeante *kitsune-bi* en las paredes de la cueva.

Un grito detrás de mí hizo que se me cayera el alma al suelo. Di media vuelta y le lancé una esfera de fuego fatuo al *shinobi* más cercano, que tenía a Reika *ojou-san* contra la pared, espada en alto. Las llamas estallaron contra el lateral de

su cabeza y esto lo hizo tambalearse y retroceder. La doncella del santuario empujó entonces un *ofuda* en su dirección con un grito, y lo azotó contra la pared opuesta. Él saltó de las piedras y levantó la mirada justo cuando una hoja brillante le atravesaba el vientre, para luego dejarlo resbalar mojado hacia el suelo. Tatsumi continuó, en medio del caos. Traté de seguirlo, pero en las luces danzantes sólo conseguía ver un movimiento frenético, las siluetas de amigos y enemigos que se precipitaban por el suelo y el relampagueo metálico en la oscuridad. Sin embargo, uno por uno, los *shinobi* se sacudieron y murieron. La sangre rociaba el aire mientras un demonio vengativo se movía a través de sus filas como un torbellino de muerte.

Los últimos *shinobi* cayeron, uno cortado a trozos por Tatsumi, el otro decapitado por Daisuke-san, en el centro del lugar. Los dos hombres se giraron todavía buscando oponentes, y sus cuchillas se encontraron con un chirrido de metal y chispas. Por un instante, se quedaron así enfrentadas, demonio y maestro espadachín, Tatsumi con sus ojos brillantes, y Daisuke con una expresión vidriosa y un rostro lívido. Ambos parecían completamente peligrosos. Mi corazón latió con fuerza y me pregunté, por una fracción de segundo, si continuarían su lucha y se harían pedazos, si el atractivo de la batalla era demasiado para evitarlo.

—Eh, ¿Daisuke-san? ¿Kage-san? —la voz de Okame-san rompió el repentino silencio—. La pelea ya ha terminado. Podéis dejar de miraros el uno al otro cuando queráis.

Despacio, los dos bajaron sus espadas y retrocedieron, aunque ninguno parecía ansioso por abandonar la pelea. Daisuke-san limpió la sangre de su espada y asintió con la cabeza hacia Tatsumi, con expresión sombría.

—Eres tan temible en batalla como siempre, Kage-san —dijo en un tono de admiración sincera—. Recuerda que todavía me debes un duelo cuando esto termine.

—No lo he olvidado —dijo Tatsumi en voz baja, mientras el brillo desaparecía de sus ojos—. Aunque no sé si estás seguro de querer luchar con un demonio. Hakaïmono no es conocido por seguir las reglas.

—No hay reglas en la batalla, Kage-san —respondió Daisuke-san con calma—. Las reglas sólo sirven para limitar el potencial de los espadachines. Cuando peleemos, por favor, ven a mí con todas tus fuerzas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Reika *ojou-san*, dando un paso adelante con Chu a su lado. El pelaje del perro se erizó y sus ojos se mantuvieron férreos mientras miraba los cuerpos dispersos en el suelo de la cueva—. Tenemos cosas más importantes por discutir que estos absurdos duelos de honor. Yumeko, hay sangre en tu cara. ¿Estás herida?

Tatsumi se volvió rápidamente hacia mí y su mirada se encontró con la mía mientras llevaba una mano a mi mejilla. Sentí una humedad pegajosa contra mi piel.

—No —dije y vi el alivio en él—. No es mía. Yo estoy bien. ¿Los demás estáis bien?

—Creo que todos estamos bien. Aunque algo me ha golpeado en la cabeza con bastante fuerza —Okame-san se levantó, frotándose la parte posterior del cráneo. Dio un paso adelante, hizo una mueca y volvió a caer de rodillas—. *Ite*. De acuerdo, tal vez con un poco más de fuerza de lo que pensaba. ¿Por qué da vueltas todo?

Daisuke-san se adelantó de inmediato, con la preocupación en su expresión, y se arrodilló a su lado. Sus largos dedos rozaron el lado del rostro del *ronin* y giró con suavidad

su cabeza hacia un lado para revelar un desorden de sangre y pelo en la base de su cráneo. Okame-san hizo una mueca y cerró los ojos. La preocupación de Daisuke-san se convirtió en alarma.

—Reika-san —dijo, y la doncella del santuario de inmediato dio un paso adelante y se agachó para mirar la cabeza del *ronin*.

Mi estómago se agitó cuando Reika pinchó y examinó la herida, haciendo que Okame-san silbara y gruñera por lo bajo, pero después de unos momentos ella se enderezó con un suspiro.

—Nada que ponga en riesgo su vida —dijo mientras dejaba escapar una exhalación de alivio—. Has perdido mucha sangre, pero parece que te han golpeado con el extremo romo de un arma en lugar del filo. No estoy segura de cómo ha sucedido, pero debería curarse en unos cuantos días. Puedes estar agradecido de que tu cabeza sea más dura que los muros de un palacio.

—*Yokatta* —suspiró Daisuke-san, expresando su alivio también, y le dedicó al *ronin* una leve sonrisa—. Todavía no puedes morir, Okame-san —dijo—. Sobre todo, tras un ataque por la espalda tan deshonesto y cobarde. ¿Cómo se supone que nos enfrentaremos a ese glorioso abatimiento juntos si encuentras la muerte antes de la batalla final?

—Oh, no te preocupes, fanfarrón —Okame-san presionó un paño contra la parte posterior de su cabeza e hizo una mueca—. Se necesitará más que esto para dejarme fuera. Hasta ahora, he sobrevivido a una plaga de *gaki*, a ser comido por un ciempiés gigante, a un *oni* que derrumbó una torre sobre mi cabeza y a otro intento de asesinato. Estoy empezando a pensar que el mismo Tamafuku me está

cuidando —hizo una mueca y observó las formas inmóviles de los *shinobi* en el fuego fatuo parpadeante—. Sin embargo, ésta *ha estado* cerca. Bastardos furtivos. ¿Han salido directamente de las paredes?

—Habéis tenido suerte —habló Tatsumi. Su rostro se mantuvo sombrío mientras observaba los cuerpos de los antiguos miembros de su clan—. Un ataque como éste está destinado a coger a los objetivos por sorpresa y terminar en segundos.

—Así habría sido —dijo Reika *ojou-san*—, si no fuera por Yumeko. Gracias a los *kami* que el Clan de la Sombra no esperaba enfrentarse a una *kitsune*.

Me estremecí al mirar los cuerpos en el suelo.

—Supongo que el noble Iesada todavía está tratando de deshacerse de nosotros —dije, sintiendo una gran ira hacia el noble Kage. Ya había enviado asesinos detrás de nosotros antes, cuando íbamos de camino al Templo de la Pluma de Acero. El mentor de Reika *ojou-san*, Maestro Jiro, había muerto en la emboscada, y yo todavía no se lo había perdonado al arrogante noble Kage. Si alguna vez nos volvíamos a encontrar, él conocería la ira de una *kitsune*.

Tatsumi ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿El noble Iesada? —preguntó.

—Sí, ese bastardo ya había intentado este truco antes —resopló Okame-san—. Uno pensaría que ya habría aprendido algo, después de que acabamos con sus hombres.

Pero Tatsumi sacudió la cabeza.

—Éste no fue un ataque del noble Iesada —nos dijo—. La dama Hanshou lo ordenó.

—¿Hanshou-sama? —parpadeé hacia él—. ¿Pero por qué? Ella nos pidió que te encontráramos. Dijo que quería que te salváramos de Hakaimono.

—Y lo hicisteis —Tatsumi asintió con la cabeza—. Vuestra misión fue exitosa... en su mayor parte. Para ella, vuestra utilidad ha terminado. Ahora sabéis demasiado sobre el Clan de la Sombra. Os habéis convertido en un lastre para los Kage y para su propia posición.

—Entonces, ¿nos matará?

—Para evitar que ese conocimiento sea difundido, sí —Tatsumi asintió sombríamente—. No dejes que sus promesas te engañen. La dama Hanshou siempre ha sido despiadada, está dispuesta a hacer lo que sea necesario para mantener su posición. Ella sabe que vosotros vais tras el pergamino del Dragón. Ésa es razón suficiente para mataros a todos.

—No hablas muy bien de tu *daimyo*, Kage-san —dijo Daisuke-san, aunque sonaba como si no estuviera seguro de si debía sentirse ofendido por ello o no—. Tal conversación se consideraría una traición entre los Taiyo.

Tatsumi hizo una mueca.

—La dama Hanshou y yo tenemos una larga historia —sus ojos parpadearon como llamas de velas rojas, y supe que era su lado de demonio el que hablaba—. Sé cosas sobre ella que esconde incluso de su propio clan, secretos que oculta de todos. Si el Clan de la Sombra se enterara de todas las atrocidades que ella ha cometido, no habría vivido tanto tiempo como lo ha hecho.

Tragué saliva, evitando deliberadamente mirar los cuerpos esparcidos por la cueva, mientras su sangre se arrastraba lentamente por la tierra.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Continuar moviéndonos —Tatsumi enfundó a Kamigoroshi, y la deslumbrante luz púrpura de la espada se apagó—. Seguir corriendo. Intentar estar un paso por delante de ellos.

Y nunca bajar la guardia, sobre todo durante las noches. Éste no será el último ataque. La dama Hanshou sabe dónde y cuándo se convocará al Dragón. Ella sabrá que estamos en camino a la isla de Ushima en este momento —sus labios mostraron una sonrisa sombría que hizo que mi estómago se revolviera—. Con la noche del Deseo tan cerca, estará desesperada por obtener el pergamino. Supongo que tendremos que lidiar con el Clan de la Sombra durante todo el camino hasta la isla sagrada.